

ew41

El derecho de vivir (*)

En homenaje a mi madre y a las amorosas enfermeras comprometidas del Perú



Escritora:
ROSA MARIA NALVARTE
(Lima, 1958)

Era el día de Navidad allá por los años 60. Ita había compartido esta importante fiesta con su familia, pero a las 6.00 p.m. debía cumplir su turno de trabajo en el hospital Rebagliati.

Llegó temprano al área de prematuros en el tercer piso del hospital, su especialidad por más de quince años. Se cambió de ropa, se colocó el traje especial aséptico, que la cubría de pies a cabeza. Luego, se acercó a la estación de enfermeras del turno anterior que reportaba las novedades del día y contenía las anotaciones de los médicos. Al final del mostrador, se encontraba el Dr. Jiménez, jefe de la sección, revisando una historia clínica. No había indicaciones de tratamiento para una pequeña bebé nacida hace unas horas con muy poco peso. Una de las enfermeras preguntó:

—¿Y a la niña Ramos, no se le va a administrar nada?

El Dr. Jiménez, giró sobre sus talones y mirando a las enfermeras dijo:

—Ningún tratamiento para ese caso, sólo suero; a final es muy posible, que la paciente no pase de esta noche.

Ita, atónita por la respuesta, replicó:

—Doctor, con todo respeto, siempre hemos intentado salvar a los bebés y creo que el último año, tuvimos un récord de más de 75% de supervivencia.

El doctor, mirándola de reojo contestó:

—Pero nunca con un bebe de 500 gramos. Es imposible salvarlo. Además, hay que recortar gastos, el presupuesto del próximo año es muy reducido. —Y dirigiéndose a todas las enfermeras de la estación, dijo—: Bueno, ya me escucharon, nadie querrá contradecirme, ¿no? —Cerró las historias clínicas y forzando una sonrisa se despidió con sus mejores deseos—. Buenas noches y Feliz Navidad.

Con estas palabras marchó rumbo a la salida. Al cerrar la puerta, Ita revisó la historia de la bebé Ramos con curiosidad. A la letra decía: Neonato prematuro, de sexo femenino, de raza negra, 26 semanas de gestación y ¡508 gramos de peso! Era un pedacito de carne que cabía casi en la palma de la mano. Su piel arrugadita y delicada, sus ojitos cerrados y su llanto casi inaudible; se veía tan frágil, tan indefensa.

—Ita, ¿sabes tú porque estaba aquí el Dr. Jiménez en día de Navidad? —Le preguntó Silvia, enfermera de ese turno.

—No. ¿Es raro no? Los jefes no suelen transitar por aquí en estas fiestas.

—Lo llamaron porque iba a nacer un bebé en Navidad y claro es noticia, pero le salió mal. Nació una bebé, mujer, negrita y a punto de morir.

—Es pequeñita, frágil, pero con muchas ganas de vivir. Mírala, trata de respirar, está luchando. ¡No va a morir!

—Ita ¿no irás a desobedecer las indicaciones del médico ¿no?

—Silvia, esta bebé es un ser humano que quiere vivir. No me importan las consecuencias, menos tratándose del Dr. Jiménez que sabemos debería llamarse Herodes. Menos mal que no tenemos más médicos como él. —Dijo Ita con una sonrisa convincente—. ¿Me ayudas?

Para que los bebés prematuros sobrevivan, es necesario que respiren por sí solos y que ganen peso. Sus pulmones aún no están desarrollados y muchas veces deben ser entubados para mejorar su respiración. Por otro lado, es difícil alimentarlos, porque no pueden succionar y es necesario hacerlo vía intravenosa, con nutrientes especiales. Las demás enfermeras de turno, viendo la determinación de Ita y Silvia, apoyaron la causa. Ellas se encargarían de los demás pacientes, dejando a la niña Ramos en manos de las dos experimentadas mujeres. Para suerte de las enfermeras, esa noche no había médico de guardia. Era Navidad. ¿Quién se perdería esas fiestas? En la madrugada, junto a la incubadora Silvia le dice a Ita:

—Hemos trabajado toda la noche y la bebé está mejorando muchísimo. ¿Pero cuando salgamos del turno, quién va a continuar el tratamiento?

—Ah, Silvia, yo espero que en la mañana la niña pueda respirar por sí sola. Si eso sucede ya no podrán ignorarla. Necesitamos un milagro.

A las 7.00 am ingresó el médico de turno y se dispuso a revisar las historias clínicas. Inmediatamente pudo comprobar los avances de la bebé Ramos, se comunicó con el jefe de la sección. Ita y Silvia, aún se encontraban en el piso cambiándose de ropa, a punto de salir. En ese momento, llegó una llamada a la estación indicando que las referidas enfermeras esperaran en sus puestos la llegada del jefe.

—¿Quién ha dispuesto estos tratamientos? —Preguntó el Dr. Jiménez a boca de jarro—. Ita levantó la mano asumiendo la responsabilidad e inmediatamente lo hizo Silvia y a continuación todas las demás enfermeras que estuvieron esa noche.

En eso, una de las enfermeras del turno siguiente, ingresó a la oficina del jefe:

—Doctor, venga en enseguida, la bebé Ramos ha comenzado a respirar por sí misma. ¿Qué hacemos? Aún lo hace con dificultad.

La niña Ramos después de mes y medio en la Unidad de cuidados intensivos de prematuros fue dada de alta con un peso de 2 kilos 950 gramos, había multiplicado por seis su peso inicial, ahora era una bebé saludable.

No hubo sanciones a las enfermeras pero si un gran despliegue periodístico por haber conseguido que un bebé prematuro de 26 semanas y media kilo de peso, sobreviva y se recupere en poco tiempo.

El mérito por este importante logro lo tuvo el jefe de la sección de prematuros. En la foto del diario, el Dr. Jiménez sonreía orgulloso de oreja a oreja.

